

## AD ABSURDUM. Notas al margen del Diario Clínico de Sandor Ferenczi.

Gianni Guasto<sup>1</sup>

### RESUMEN

Quienes se propusieran comentar exhaustivamente sobre la intrincada y fascinante lectura del “Diario Clínico” de Sándor Ferenczi se verían obligados a ir más allá de los límites espaciales de un artículo científico; por esta razón, el autor ha optado por limitarse a observar el desarrollo de solo dos de los muchos temas tratados en el diario: el trauma y el análisis mutuo. Pero para comprender completamente estos desarrollos sin caer en simplificaciones engañosas, es necesario comparar la evolución de las elaboraciones teóricas y los experimentos técnicos con los complicados eventos afectivos, conflictivos y, a veces, dramáticos que ocurrieron entre los primeros psicoanalistas, incluido Freud.

En este trabajo, el autor trata de rastrear el entrelazado de la producción científica y la vida encarnada, observando cómo estos temas convocan, incluso hoy en día, temas sorprendentemente actuales para la teoría y la técnica psicoanalíticas.

**PALABRAS CLAVE:** Ferenczi, Freud, Diario Clínico, Trauma, Comoción psíquica (Erschütterung), Análisis recíproco, Teoría de la seducción, Neocatarsis.

### RIASSUNTO

Chi si proponesse di commentare esaurientemente la lettura intricata e affascinante del “Diario Clinico” di Sándor Ferenczi sarebbe costretto a oltrepassare i confini spaziali di un articolo scientifico; per questa ragione, l’Autore ha scelto di limitarsi a osservare lo sviluppo di due soli fra i molti temi trattati nel Diario: il trauma e l’analisi reciproca. Ma per poter comprendere appieno tali sviluppi senza cadere in semplificazioni fuorvianti, è necessario confrontare l’evoluzione delle elaborazioni teoriche e delle sperimentazioni tecniche con le complicate vicende affettive, conflittuali e talvolta drammatiche che intercorsero fra i primi psicoanalisti, Freud compreso.

In questo lavoro, l’Autore prova a ripercorrere l’intreccio fra produzione scientifica e vita vissuta, constatando come tali temi sollecitino, ancora oggi, questioni sorprendentemente attuali per la teoria e per la tecnica psicoanalitica.

**PAROLE CHIAVE:** Ferenczi, Freud, Diario Clinico, Trauma, Commozione Psicica (Erschütterung), Analisi Reciproca, Teoria della Seduzione, Neocatarsi.

### SUMMARY

Whoever may like to comment exhaustively the entangled and fascinating material of Sándor Ferenczi’s “Clinical Diary”, must inevitably go beyond the space restrictions of a scientific article; that’s why the writer of this paper chose to limit his work and observe the developments of only two among the several themes dealt with in the Diary, i.e. the trauma and the mutual analysis. Yet, in order to fully understand such developments, without falling in a misleading simplification, it is necessary to compare the evolution of the theoretical elaboration and the technical experimentations, with the complicated relational events that ran

through among the first psychoanalysts including Freud, and were controversial and sometimes dramatic.

In this work the Author tries to retrace the plot between the scientific productions, and a whole life lived, ascertaining how much these topics still bring up surprisingly up to date questions regarding psychoanalytical theory and techniques.

**KEYWORDS:** Ferenczi, Freud, Clinical Diary, Trauma, Shock (Erschütterung), Mutual Analysis, Seduction Theory, Neocatharsis.

Laberintico como cualquier recopilación, el Diario Clínico es un libro difícil que se presta a múltiples lecturas, y no del todo referidas a un solo hilo conductor: sino más bien a una madeja de hilos entrelazados, las que conducen a una serie de experiencias, no solo cognitivas, sino que también involucran abrumadoramente aspectos emocionales.

Se ha escrito (Borgogno, 1999b, pág. 205) que el Diario “es una larga y amarga carta dirigida, en alemán, a Freud”, para revelar pensamientos ocultos durante mucho tiempo, y en un momento en que la expectativa de entenderse se reducía a un mínimo. Pero también es mucho más: es la continuación extrema de un autoanálisis laborioso, y es el testamento de una vida marcada por una pasión intelectual y afectiva que no había sido fácil.

Razón de la vida misma, el psicoanálisis es, en ese último año febril y atormentado de la vida del autor, una desazón que se eleva con su solicitud de preguntas a las que no habrá más tiempo para responder. Para todo explorador visionario, la muerte es sobre todo una consternación por la interrupción del viaje. Y al igual que alguien que tiene que forzar el tiempo y la experiencia cognitiva más allá de todos los límites, *usque ad absurdum*, la mirada del analista ansioso por conocer los pensamientos extremos de quienes viajan entre la vida y la muerte, se proyectan al infinito, al “Astra”. (Ferenczi [1985] [1932], 17 de agosto, pág. 311), para contemplar la escena de la tragedia desde distancias siderales, así como la inmersión en el *Acheronta* más indescifrable, desde el cual regresar gracias a la flauta de Orfeo-Orfa.

La reducción del diario a esquemas, a sinopsis, a mapas conceptuales, las más de las veces intentos vanos, es una obra titánica: en ella podemos identificar algunos temas, que solo se pueden tratar a través de una comparación cercana entre la obra científica y la biografía. Habilidades personales y analíticas de Sándor Ferenczi.

Tratar en el espacio de un artículo todas las cuestiones relacionadas con el Diario sería imposible; por lo tanto, me limitaré a tratar con dos, es decir, el trauma y el análisis mutuo, sabiendo que ambos son en sí mismos una fuente de innumerables implicaciones que aún hoy deben desarrollarse.

Redescubierto, el pensamiento de Ferenczi muestra algo que no solo había permanecido oculto durante sesenta años; sino que, una vez que ha salido a la luz en una forma aún insaturada, revela, como una espina extraída inesperadamente del suelo, una vitalidad aún por desarrollar, y frutas aún por madurar.

La concepción ferencziana del trauma es, de hecho, un momento auroral e *in progress* de reflexión psicoanalítica, ya que su paradigma científico no puede ser recogido en una “teoría” completa, capaz de prescindir de una actitud de curiosidad y apertura hacia lo desconocido, que no siempre ha sido la prerrogativa del psicoanálisis.

También del análisis mutuo, sin cuyo sufrimiento contratransferencial el Diario Clínico probablemente nunca se habría escrito, se puede decir lo mismo.

Una empresa insana y peligrosa, destinada a provocar una reprobación escandalizada solo en aquellos que desconocen el contexto cultural en el que se desarrolló, el Análisis Recíproco es uno de los errores más evidentes y fructíferos que nos ha dejado la historia del psicoanálisis.

La lectura de las interacciones entre Ferenczi y Elizabeth Severn nos hace sentir profundamente incómodos haciéndonos vivir, a modo de identificación, la condición de la persona traumatizada, sin la mediación descortés y tranquilizadora que se da al estar detrás de la cama en lugar de recostarse sobre ella. Sin embargo, cada línea de esa narrativa plantea numerosos problemas acerca de la calidad de nuestra participación

en la “experiencia psicoanalítica” (en el sentido indicado por Tubert-Oklander, 2004), al problema nunca abordado de manera totalmente satisfactoria de la contratransferencia, ya se trate de sus componente de odio, ya se trate de aspectos aún más sutiles (incluso vergonzosos) del amor de contratransferencia. Pero, sobre todo, esa narración es tan incómoda no solo porque contempla una posibilidad -aquello que el analista analiza en si a partir de su propio paciente- totalmente paradójal al punto que cada uno de nosotros, si lo descubriera en un estudiante, lo castigaría como una problemática y severa intransigencia; pero sobre todo nos aflige y nos aleja de su lectura porque nos hace sentir insoportablemente desnudos ante una ofensa tan grande e insoportable, como aquella que, además de RN, tienen que sufrir tantos de nuestros pacientes, que hoy enfrentamos solo vistiendo un metafórico abrigo y estériles guantes.

## **EL DIARIO CLÍNICO EN LA CONTROVERSIA ENTRE FREUD Y FERENCZI**

Exponer solo dos de los temas contenidos en el Diario significa saltar continuamente de su elaboración teórica y clínica a los eventos personales que acompañaron a su elaboración.

La cronología del Diario va del 7 de enero al 2 de octubre de 1932, fecha en que se escriben las numerosas notas que Ferenczi recoge hasta unos pocos meses después de su muerte.

Pero para hablar sobre el origen de este proyecto, tenemos que retroceder, a los años 1930-31, cuando algunas notas se publicaron y luego se publicaron póstumamente, según Michael Balint, son una especie de “prolegómenos”<sup>2</sup> para el próximo trabajo.

Esta aclaración, sugerida por el alumno más cercano a Ferenczi, es particularmente importante, porque implica que la gestación del diario se encuentra en un momento histórico en el que los eventos atormentados que marcaron el final de la asociación entre Freud y Ferenczi entraron en la fase culminante.

El conflicto entre Freud y Ferenczi, el epílogo de lo que Haynal (2002) definió una larga “historia de amor trágica”<sup>3</sup>, entra en la fase más crítica con el intercambio de cartas iniciado en la Navidad de 1929, con la famosa carta, en la que Ferenczi se abre definitivamente a Freud, después de haberlo reprendido durante un largo período de silencio.

En él, el Discípulo se decide a tomar la iniciativa, renunciando a aquel tono siempre un poco reticente que le había acompañado, hasta entonces, sobre la frecuente información que solía proporcionarle a Freud sobre el progreso de su trabajo.

El 25 de diciembre de 1929, Ferenczi, en esencia, le confesó a Freud que había encontrado, “*en todos los casos en que [él había] entrado suficientemente en profundidad, la premisa traumática histérica de la enfermedad*”. Esto significa confesar algo que a los ojos del Maestro sonaba como una desviación de su propio pensamiento, un tema extremadamente delicado, tanto por la actitud general, del apego celoso a una ortodoxia que se refiere únicamente a sus propias convicciones, como a la implicación afectiva de una divergencia de opiniones que Freud siente como el distanciamiento del hijo más querido y predilecto.

El tema del trauma, que Ferenczi sitúa en el centro de la investigación psicoanalítica como evidencia clínica, es muy espinoso para Freud: él mismo lo había defendido en un período entre 1892, el año de la *Comunicación Preliminar de Estudios sobre la Histeria*, y la fecha oficial de nacimiento del psicoanálisis, y 1897, el año de la gran revisión teórica, cuando logró a través del abandono de la teoría de la seducción, la fundación de un nuevo paradigma científico basado en la fantasía inconsciente. En resumen, esto había sucedido hacia 1897, donde en una famosa carta a Fliess, Freud confesó<sup>4</sup> que ya no podía creer que la seducción sexual intrafamiliar fuese la causa constante de todos los casos de histeria que habían llegado a su observación. Los numerosos fracasos terapéuticos obtenidos eran solo la consecuencia de no haberse percatado a tiempo de que las historias que los pacientes estaban contándole eran el resultado de la fantasía, una fantasía en cuya base se encontraba el impulso sexual inconsciente dirigido a las figuras paternas: algo que pocos años después se conocería como el “complejo de Edipo”.

Retornar sobre el tema del trauma significa, en ese momento, para Ferenczi, “encontrar nuevas vetas en las galerías temporalmente abandonadas” (Ferenczi, 1930); lo que no era así para Freud, quien considera que el anterior abandono *de su neurótica*<sup>5</sup> de 1897 era completamente definitivo, y considera que el trabajo de Ferenczi era una regresión grave e imperdonable.

Pero Ferenczi era de la opinión opuesta: si él “profundiza” (ambos, dirán, sin explicar aun lo que quieren decir con eso “tanto de mí parte como de la del paciente”), que no solo se redescubre la experiencia traumática, sino que el efecto terapéutico es lo más relevante. Si esto no sucede, agrega, es porque los analistas abordan el material del paciente de manera demasiado unilateral, tratando más con el Yo, con las defensas, que con la base profunda, histérica y orgánica (para Ferenczi, es necesario recordar, el término “histeria “es equivalente a la expresión “pensar con el cuerpo”, es decir, con los órganos, en las profundidades biológicas; lo que sucede porque la fantasía inconsciente se sobreestima y la experiencia traumática real se subestima<sup>6-7</sup>. Aquí el “golpe” es fuerte: es el cuestionamiento de la hegemonía de la fantasía inconsciente sobre toda la teoría psicoanalítica.

De cara a estas objeciones, Freud adopta una actitud diplomática, pasa por alto el mérito y limitándose a decir que se siente lleno, *fed up*<sup>8</sup>, del trabajo terapéutico, frente a lo cual prefiere la especulación teórica.

Ferenczi no se da por vencido y responde: “*No comparto su opinión (...) también yo con mucha frecuencia me he sentido fed up (...) pero es precisamente en esta área [la del proceso terapéutico] que toda una serie de problemas han podido estar significativamente en el centro...*”<sup>9</sup>

Es evidente que aquí Ferenczi está pensando en esos desarrollos de *autorrevelación* de su propia contratransferencia negativa, que en el tratamiento de Elizabeth Severn lo estaban llevando al análisis mutuo. Pero no es ahora el momento de hablar de aquello con Freud. Por otro lado, en esta carta la agresión apenas está contenida, como en ese “Querido amigo”, con el que comienza la escritura, que por primera vez reemplaza al habitual “Estimado Sr. Profesor”: se tata ciertamente de una expresión que podría revelar sentimientos emocionales si no implicara un significado de igualdad, una confianza a la que nunca antes se había atrevido, al igual que aquella de “no comparto su opinión”. Y también es la carta en la que Ferenczi reprocha a Freud por haber omitido, en el momento del análisis, de tratarlo con indulgencia y dulzura y de analizar su transferencia negativa, una objeción a la que Freud responderá solo ocho años después, en el ensayo *Análisis Terminable e interminable*.

Pero la necesidad normal de comunicar las propias experiencias científicas y de eventualmente superar los posibles malentendidos y lidiar con las divergencias es superada, en Ferenczi, por el deseo irrefrenable, nunca venido a menos, de seguir confiando en el Maestro, en un intento destinado al fracaso de ser comprendido a fondo, aunque las motivaciones de aquello aun no sean del todo comprendidas.

*“Todavía estoy inmerso en un “trabajo de aclaración” interno y externo, y también en uno científico, que aún no ha producido resultados definitivos, que por estar a medio camino aún no puede ser todo explicado. (...) A menudo voy tan lejos como “ad absurdum”, pero esto no me desanima, trato de avanzar por otros caminos, a menudo diametralmente opuestos, y no pierdo la esperanza de encontrar, tarde o temprano, el camino correcto. Todo esto adquiere un aire muy místico; pero, por favor, no me tenga miedo. Hasta donde puedo juzgar, nunca voy más allá (o al menos no con frecuencia) del límite de la normalidad.”*<sup>10</sup>

El contenido de la carta es para alarmar aún más a Freud, quien, sin embargo, todavía parece conciliador:

*“¡Finalmente un signo de vida y afecto de su parte! ¡Después de tanto tiempo! (...) No hay ninguna duda de que con esta interrupción en el contacto Ud., se está alejando cada vez más de mí. No quiero decir que se ha distanciado, o al menos espero que esto no suceda. Lo acepto como un destino: como tantas otras cosas, sabiendo que no soy la causa. Aunque en estos últimos tiempos no ha habido nadie que la haya preferido.*

*Observo con pesar que, impulsado por la insatisfacción interna, Ud., trata de seguir varias direcciones, que sin embargo no parecen llevarle a ningún resultado deseable.*

*Pero, como puede testificar, siempre he respetado su autonomía, y estoy dispuesto a esperar a que regrese. Podría ser una nueva y tercera pubertad, momento en el que finalmente alcanzará la madurez “. (18 de septiembre de 1931, 1202 F, pág. 473)*

El intercambio epistolar continúa: a Ferenczi no le agrado la ostentosa certeza de Freud de que su investigación no conducían a “ningún resultado útil” ni la alusión a una “tercera pubertad”. ¿Qué quería decir Freud con esas palabras?

Es precisamente sobre este segundo punto que llega la respuesta de Freud, inesperadamente dura:

*“Constato que la diferencia entre nosotros alcanza su punto crítico en un pequeño aspecto, un detalle de la técnica que bien merece una discusión. Usted no ha hecho un secreto del hecho de besar a sus pacientes y de que se deja besar por ellas; esto yo lo escuché decir por mis pacientes (vía Clara Thompson). Entonces, si usted quiere hacer un informe detallado relativo a vuestra técnica y sus resultados, dos caminos se le abren. O usted habla de eso o bien lo silencia. Usted piensa y sabe bien que esta última elección no es digna. Lo que se hace en materia de técnica se lo debe sostener públicamente. Igualmente, más temprano que tarde, ambas vías convergerán. Incluso si usted mismo no habla eso se sabrá rápidamente; a pesar de no haberme hecho usted parte de la cuestión, yo ya lo sabía”.*<sup>11</sup>

Sigue, en palabras de Freud una larga requisitoria sobre las consecuencias de tal publicidad:

*(...) Un cierto número de pensadores independientes en materia de técnica, se dirán: por qué quedarse en besar. Se podría ciertamente obtener más beneficios agregando el “manoseo”, que tampoco hace niños. Luego vendrán otros más osados todavía que darán el paso suplementario: mirar y mostrar; y entonces tendremos incluido en la técnica del análisis todo el repertorio de la semivirginidad y la petting-parties con, por consecuencia, un crecimiento considerable del interés por el análisis de los analistas y los analizados. (ibid.)*

Estas observaciones son, en realidad, un “golpe bajo” porque, hasta donde sabemos, las cosas no son exactamente como las describe Freud. En realidad, con el paso del tiempo, las innovaciones técnicas experimentadas por Ferenczi han sufrido numerosas transformaciones: de en un primer momento, a principios de los años veinte, de la terapia activa. Esta fue una modificación de la técnica estándar que tenía como objetivo llevar a las consecuencias extremas (nuevamente: *ad absurdum*), las recomendaciones técnicas de Freud, que incluían el recurso de la frustración de los deseos del paciente. Ferenczi, que estaba muy interesado en el cuidado de las deficiencias emocionales y los traumas de la primera infancia, después de haberse adherido a las enseñanzas del Maestro y haber experimentado algunas modificaciones (con el consentimiento declarado, aunque ambivalente de Freud), se había vuelto decisivamente hacia el final de los años veinte, en la dirección de una técnica basada en el “principio de la indulgencia” que consiste en dar “total libertad al paciente” y relajación o pasividad.

Es precisamente la pasividad del analista, la que aquí es cuestionada cuando Freud alude a la llamada “técnica del beso”.

Lo que Ferenczi relata en el Diario es bastante diferente:

Describe el caso de “Dm<sup>12</sup>, una dama que, “obedeciendo” mi pasividad, -escribe-, siempre se tomó más libertades y a veces incluso llegaba a besarme.

*Dado que esto fue otorgado sin renuencia, como algo permitido en el análisis y como máximo comentado a nivel teórico, al estar en un grupo de pacientes analizados por otros, dijo de pasada: “Puedo besar a Papa Ferenczi cada vez que quiero”. Después de la incomodidad que resultó de este episodio, mantuve una ausencia total de afecto por este análisis. Entonces mi paciente comenzó a liarse ostentosamente con su comportamiento sexual (en reuniones sociales, durante los bailes). Sólo la observación y el reconocimiento de la naturaleza antinatural de mi pasividad la devolvieron, por así decirlo, a la realidad, donde la resistencia social debía ser tomada en cuenta. Al mismo tiempo,*

*se hizo evidente que esto también era la repetición de la situación padre-hija: cuando era una niña, el padre, perdiendo el control, abusó sexualmente de ella, pero más tarde, probablemente debido al remordimiento y miedo social, de alguna manera la calumnió. La hija tuvo que vengarse de su padre indirectamente, por el fracaso de su propia vida”.<sup>13</sup>*

Aunque la idea de aprobar este tipo de permisividad está muy lejos de mí, no puedo dejar de notar que la reprimenda de Freud alude a algo que no existe o a una participación erótica en la relación de Ferenczi con el paciente.

La reprimenda de Freud suena aún más destemplada, en tanto la historia del psicoanálisis es de todo menos exenta de trasgresiones de los límites sexuales del encuadre terapéutico: no solo el propio Ferenczi, con la paciente Elma Palos, se involucraron en los tiempos preanalíticos; también Jung con su paciente (más tarde convertida en una conocida psicoanalista) Sabina Spielrein y, Jones en al menos dos casos: con Loe Kann y con la analista Joan Rivière.

En estas tres situaciones, de las cuales se ha escrito mucho, Freud no solo no intervino en un sentido de censura, sino que también tuvo un papel muy cuestionable como árbitro y consejero, así como analista, cuando fue necesario, de estas damas cuando ya se habían terminado estas *liaisons dangereuses*.

¿Por qué entonces Freud descubre una preocupación deontológica que habría sido digna de mejores causas ahora, en las condiciones menos apropiadas? Pero Freud no muestra ninguna duda:

*“Es necesario, por lo tanto, que la voz brutal del padre le recuerde que, según recuerdo, la tendencia a los juegos sexuales con pacientes no le era ajena en los tiempos preanalíticos, hasta el punto de que se pudiera establecer un vínculo entre la nueva técnica y los deslices del pasado. Es por esta razón, qué en una carta anterior, hablé de “nueva pubertad”, de un demonio de la edad madura que la atormenta; y que ahora Ud., me ha obligado a hablar claro, sin medias palabras”.<sup>14</sup>*

Ferenczi está profundamente herido: esa referencia a los “deslices del pasado” es doblemente dolorosa, no solo porque, a su juicio, en el trabajo realizado con Thompson se siente ajeno de cualquier traición a su ética terapéutica, sino también porque, en su espíritu, la antigua historia de amor con Elma Palos, hija del primer matrimonio de su actual esposa, le había dejado una profunda huella.

La historia es conocida. Ferenczi, antes de ser analizado, había intentado de tomar en análisis a la hija de su prometida, Gizella Palos. Gizella, divorciada y ocho años mayor que él, era una mujer que ya no podía tener hijos. El matrimonio con Elma, por otro lado, permitiría a Ferenczi cumplir el sueño de convertirse en padre. Al dirigirse constantemente a Freud para pedirle consejo, éste le sugiere constantemente a Sándor que Gizella es con quien debe casarse: la razón de esta presión de parte de Freud no me es clara, pero es posible la hipótesis de que quería mantener a su discípulo en condiciones de disponibilidad total para la Causa. En el momento en que Ferenczi se siente reprendido por esto, él aún no ha perdonado aquellas presiones, como queda claramente establecido en lo que le escribe a su amigo Georg Groddeck.

Freud ha sido, de hecho, superficial, malinterpretando las verdaderas intenciones de Ferenczi en el tratamiento con Clara Thompson. Pero hace más que eso: ha dejado pasar un lapsus que muestra cuán descuidado y despectivo es sobre el trabajo de Ferenczi.

Él agrega: “*Los ensayos ‘sobre los peligros de la neo-catarsis’ no han producido mucho*”.<sup>15</sup>

Ahora, es evidente que Ferenczi nunca había escrito nada sobre esa materia. Freud hace una (culpable) confusión entre la “neocatarsis” y el artículo “Contraindicaciones de la técnica psicoanalítica activa” (Ferenczi, 1926).

La “neocatarsis”<sup>16</sup> es, de hecho, la técnica que Ferenczi había comenzado a experimentar, a continuación (y en oposición) al abandono parcial de la “técnica activa”: toda otra cuestión, entonces.

Pareciera aquí que Freud quisiese sugerir: “¿Qué me importa? neocatarsis, técnica activa, todo es igual,

todo inútil, poco realista y peligroso”.

Pero fue el propio Freud quien, en una carta fechada el 13 de febrero de 1919, escribió sobre el artículo “Dificultades técnicas en el análisis de un caso de histeria” (1919), considerando el trabajo inaugural de la fase de la técnica activa ferencziana:

*“Su escrito técnico es oro analítico puro que puede ser reconocido, como se debe hacer solo con quienes que hacen este trabajo. En algunos lugares, habría querido agregar una frase para continuar o concluir el discurso”<sup>17</sup>.*

### **Una nueva corriente en una galería abandonada: el trauma y los estados agonizantes**

En la tarde del viernes 2 de septiembre de 1932, unos días antes del Congreso de Wiesbaden, Ferenczi se presentó en la casa de Freud para presentarle el texto del informe que pretendía leer en el Congreso (*La confusión de lenguas entre adultos y niños. El lenguaje de la ternura y de la pasión*, Ferenczi 1933).

Ambos sabían que en el escrito no podía haber nada adecuado para reparar la grieta irreparable que se había establecido entre ellos, después de una asociación que duró veinticinco años. Sin embargo, la reacción de Freud superó las peores expectativas de su amigo: durante lo que debería haber sido una conversación privada, A. A. Brill también se materializó (por así decirlo) de la nada (quien era un acérrimo adversario de Ferenczi, a parir de la controversia sobre el análisis realizado por los no médicos). Además, Freud, al final de la lectura de un informe que en un telegrama furioso había enviado a Eitingon el mismo día<sup>18</sup>, escribía “*Insignificante, estúpida, incluso insuficiente*”, insistirá para que Ferenczi renuncie a la publicación de este trabajo “*al menos durante un año*”, y habiendo obtenido un rechazo decisivo, le dará la espalda a su amigo en el momento de la despedida, negándose incluso a estrecharle la mano.

Las repercusiones de ese terrible día no tardarán en manifestarse. Partiendo para Biarritz junto con Gizella inmediatamente después de la conclusión del Congreso, Ferenczi continuará, como escribió más tarde a Freud, “en un viaje de cama a cama”<sup>19</sup>, afectado por el agravamiento de la enfermedad hematológica que lo llevará unos pocos meses después a la muerte.

En la misma carta, Ferenczi se lamentará ante Freud, por la presencia de una tercera persona “*de quien ambos sabemos que ni desde el punto de vista práctico, ni desde el punto de vista teórico, merece ser árbitro entre nosotros*”<sup>20</sup>. El otro serio pesar de Ferenczi es la invitación a no publicar “*La Confusión de lenguas*”, una objeción a la que Freud responderá de la manera más insincera, diciendo que quería proteger el interés de Ferenczi.

En estas circunstancias, el juicio de Freud sobre el contenido del informe es despiadado y furioso, como lo demuestra el telegrama dirigido a Eitingon.

Sin embargo, Freud, en los últimos veinticinco años, de aquel *enfant prodige* que tanto había amado y de quien había sido apasionadamente correspondido, había soportado muchas más cosas, como para haber acogido casi sin parpadear, la inversión total de su teoría sobre el papel de “recordar” y de “repetir” las experiencias infantiles en el análisis, como había ocurrido con el trabajo escrito a cuatro manos por Ferenczi y Rank en 1924.

Pero esta vez, Freud parecía incapaz de aceptar lo que consideraba “*una regresión completa a los puntos de vista etiológicos que había creído hace treinta y cinco años, y que había abandonado*” (a su hija Anna, el 3 de septiembre de 1932<sup>21</sup>). Y, agrega: “*la fuente [de Ferenczi] es lo que los pacientes le dicen cuando logra ponerlos en un estado similar a la hipnosis. Luego toma lo que escucha como revelaciones, pero lo que realmente obtiene son las fantasías de los pacientes sobre su infancia y no la historia [real]. Incluso mi primer gran error etiológico nació de la misma manera*”. (Freud, Eitingon 2004).<sup>22</sup>

Pero Freud estaba equivocado: en el trabajo de Ferenczi, esa obstinada “*búsqueda de nuevas corrientes en una galería abandonada*” (Ferenczi 1930) no fue en absoluto la repetición de fotocopias de los estudios freudianos sobre el trauma antes de 1897.

La diferencia fundamental era que el trauma “redescubierto” por Ferenczi en los años veinte del siglo XX tenía con respecto a la “seducción traumática” descrita por Freud, treinta y cinco años antes, se refería al efecto de las acciones violentas sobre las defensas y en la organización general del Yo.

En 1896, Freud había descrito el trauma como un “*shock emocional experimentado en el pasado, condicionado por la disposición hereditaria contraída por los padres*” (Freud 1896, pág. 333).

Esta descripción aparece como la conjugación algo forzada de un aspecto relacional (que en el primer Freud está presente) con un aspecto biológico, es decir, constitucional.

Es destino de todas las revoluciones copernicanas el proporcionar a la humanidad aquello que le permita soportar las consecuencias con cierta aminoración para que el cambio de paradigma sea menos brutal. Freud, quien en el obituario de Charcot había criticado la importancia excesiva atribuida por el Maestro al concepto de “constitución hereditaria”, debía recibir un reproche similar de parte de Ferenczi.

EL alejamiento de la neurología de los maestros vieneses implicaba para Freud interminables transgresiones que corrían el riesgo de llevarlo insoportablemente lejos de la matriz médica de la nueva disciplina. La referencia al elemento constitucional, que según Ferenczi recuperará en un segundo tiempo desafortunadamente cierta ventaja en el pensamiento de Freud, en un intento de no cruzar a la herejía y al descrédito de la comunidad científica.

Pero el interés de Freud estaba en otra parte, más centrado en la naturaleza sexual del evento que sobre su efecto traumático: y, de hecho, el tema de la sexualidad seguirá siendo central también en sus elaboraciones sucesivas.

En los años 1895-97, para Freud, la experiencia sexual traumática destinada a ser removida y a volver como síntoma en la histeria también puede referirse a episodios de “sorprendente irrelevancia”, como el cepillarse la ropa entre un niño y una niña, o la escucha casual de discursos de doble sentido; nada realmente traumático o vinculado a una agresión sufrida: solo el conflicto entre un estímulo externo y uno preexistente, y solo hasta el punto de una insospechada fantasía con contenido sexual. Esta es una perspectiva que mantiene fuertes elementos de continuidad, por lo tanto, entre el Freud de la *neurótica* y el subsiguiente, del complejo de Edipo; y, sobre todo, una perspectiva radicalmente diferente de la de Ferenczi, quien se ocupará del impacto traumático en términos que irán más allá de un contenido no obligatoriamente sexual.

En sus informe de Wiesbaden y en las notas simultáneas sobre la naturaleza del trauma psíquico, Ferenczi describe con lucidez la experiencia mortal de la víctima de abuso sexual, el *Erschütterung* o shock, o la conmoción psíquica<sup>23</sup>, y los estados agónicos que lo acompañan: temas científicos, estos, destinados a convertirse en un tópico de trágica actualidad, y mucho más allá de la naturaleza sexual del trauma.

La opresión y la muerte psíquica que enfrentan las jóvenes víctimas de la sexualización traumática que Ferenczi describe, de hecho, predicen el advenimiento de otros asesinatos del alma: aquellos que algún tiempo después se realizarán en Auschwitz, en Hiroshima, en un siglo lleno de guerras y de sufrimiento indescriptible, del cual hoy los periódicos no dejan de darnos noticias de impactante actualidad.

La descripción del evento traumático en Ferenczi encontrará, por lo tanto, una confirmación puntual tanto en la clínica del trauma por *abuso sexual infantil*, como también en el testimonio de psicoanalistas que serán destinados a presenciar el destino de testigos y víctimas de la destrucción del alma dentro del cuerpo que permanece vivo, hasta el extremo de consumirse: hablo, evidentemente, de Bruno Bettelheim (1979), que contará incluso las formas más sutiles de “identificación con el agresor”, otro concepto ferencziano hoy demasiado familiar, que describe la solución extrema e ilusoria solución autoplástica al deseo imposible de sobrevivir.

La atención de Ferenczi al trauma, por lo tanto, se refiere al mecanismo específico de perturbación de las estructuras mentales internas de la víctima: no se trata solo de deseos eróticos despertados prematuramente, sino de otra cosa: nos encontramos de frente con experiencias seguidas de un “shock”, de una “conmoción psíquica” y de “estados agonizantes”.

Si el interés de Ferenczi se refiere a la larga serie de adaptaciones autoplásticas a la situación traumática que, a partir de la “identificación con el agresor”, alcanzan, a través de los fenómenos de división del Yo,



fragmentación extrema, hasta la *flexibilitas cerea*<sup>24</sup> y la muerte psíquica e incluso al éxito como un intento extremo de fuga, estamos muy lejos de la *chose génitale* designada por Charcot y aún más por Freud como *caput Nili* de los fenómenos histéricos.

Y estamos listos para introducirnos en un tema que concierne además al futuro del psicoanálisis, que se ha convertido, de acuerdo con su trágica inspiración, en el receptor más sensible de la fricción entre el Yo y el mundo exterior, un destino que Freud ciertamente no podría haber previsto.

En el origen de los fenómenos que determinan la fragmentación del Yo bajo el impacto de la experiencia traumática, existe la pérdida de la “seguridad básica” (*basic trust*), es decir, de la única condición de sobrevivencia en el pasaje entre el nacimiento y autonomía.

De hecho, Ferenczi escribe:

*La conmoción psíquica siempre llega de imprevisto. Ella debe haber sido precedida por el sentimiento de estar seguro de sí, un sentimiento que, después de los acontecimientos, resulta ser un engaño; primero, el confiaba demasiado en sí mismo y en el mundo circundante; luego, muy poco o ya nada en absoluto. Es necesario haber sobreestimado la fuerza de uno y vivir en la loca ilusión de que tal cosa no podría suceder; “no a nosotros”.*<sup>25</sup>

Desarrollado por Erik Erikson (1963), el concepto de *basic trust* viene a designar la cantidad de confianza indispensable para la supervivencia.

Para sobrevivir al propio nacimiento, el individuo necesita un grado de protección del medio ambiente que le permita sentirse seguro, dada su condición de impotencia total, incluso si solo una pequeña parte de este entorno puede asumir la preocupación y la vigilancia para la defensa contra los depredadores. Esto significa que el individuo humano delega su existencia a otros por un largo período de su vida, tomando conciencia de su propio destino mortal solo gradualmente, y manteniendo de alguna manera vastas áreas de capacidad de confianza, si se encuentra en determinadas condiciones (pudiendo de tal forma viajar en avión o someterse a cirugías complejas y potencialmente riesgosas, por dar dos ejemplos). La transición del estado de delegación del control a la asunción de las funciones de supervisión por uno mismo ocurre gradualmente, en una especie de entrenamiento que se lleva a cabo en los primates jóvenes utilizando el cuerpo de la madre con aquello que Bowlby llamó una “base segura” desde la cual alejarse progresivamente y sobre la cual volver a la mínima señal de peligro.

Una vez superado el momento crucial del *welcoming*, la buena acogida que Ferenczi ha identificado como una condición primaria de supervivencia neonatal, el niño podrá establecerse firmemente en una condición en la que las pulsiones de vida tendrán ventaja solo a partir de la presencia de una atención maternal y ambiente adecuado (Ferenczi, 1929), que le aseguren además de protección, alimentación y cuidado, el mantenimiento de un estado de “seguridad básica”.

Las investigaciones clínicas de Ferenczi sobre personas gravemente traumatizadas han centrado la atención en la naturaleza dual, protectora y agresiva del *cuidador*, como queda claro sobre todo en los asuntos personales de los pacientes sometidos a análisis mutuos.

La simultaneidad de las funciones cuidadoras y de las actividades persecutoria provoca en el niño, según Leonard Shengold, una división del objeto que va seguida de la división del Yo.

Shengold escribe:

*“Si al mismo padre que abusa y es experimentado como malo, se le debe pedir ayuda para aliviar el sufrimiento que él mismo ha causado, entonces el niño debe, más allá de su desesperada necesidad, registrar al padre -a través de un mecanismo delirante- como bueno. Solo la imagen interna de un padre bueno puede ayudar al niño a sobrellevar la terrible intensidad del miedo y la ira que son los efectos del tormento. La alternativa -mantener una estimulación abrumadora y una mala imagen de*

*los padres- significa la anulación de la identidad, del sentimiento de uno mismo. Por lo tanto, lo malo debe ser registrado como bueno. Es una operación de escisión o de fragmentación de la mente “.* (Shengold, 1979)”. (Shengold, 1979)

La razón de la gravedad de esta experiencia se debe a la contemporaneidad de los acontecimientos, a la doble representación sádica del carácter persecutorio de la contribución parental que es la base del trauma.

Según Ferenczi, de hecho, la naturaleza destructiva de la experiencia traumática es atribuible a la falta de ayuda no menos que al acto ofensivo en sí, que cristaliza el trauma en la experiencia del paciente. La misma omisión, si ocurre en un contexto terapéutico, produce más abuso, porque, como lo afirmó Franco Borgogno (1999a), quien ha convertido el tema de la omisión de ayuda en un motivo genuino personal, “no rescates al paciente haciéndolo consciente de su historia específica, tiene un efecto devastador en él” (pág. 98).

Pero esta advertencia sigue siendo insuficiente, porque como subraya Borgogno (1999b) “el corazón del Diario clínico se centra en el ‘terrorismo del sufrimiento’” (pág. 208), es decir, en el rechazo del cuidador-padre o analista, el que sea- opone no tolerando la dependencia y la regresión de su propio hijo-paciente, culpándolo por esto y obligándolo a sentirse mal, codicioso y destructivo.

El Análisis mutuo y sus consecuencias en la técnica psicoanalítica.

La elección de Ferenczi de lidiar con el experimento del análisis mutuo tenía diferentes raíces, algunas relacionadas con la vida personal del autor, otras relacionadas con el desarrollo de su construcción técnico-teórica, y otras relacionadas con la evolución de casos clínicos individuales (tres en total) en el que se aplicó.

Para comprender completamente las condiciones históricas que lo hicieron posible, debemos inicialmente recordar que, en ese momento, el psicoanálisis aún no se había convertido en esa narrativa exclusiva que es hoy, en la que las relaciones entre analista y paciente están estrictamente limitadas a las horas de las sesiones y reguladas por una alternancia periódica y regular de reuniones entre semana y descansos de vacaciones, como lo demuestra el hecho de que no era raro que los pacientes siguieran a sus analistas en lugares de vacaciones o en viajes al extranjero.

Tampoco la investigación del inconsciente de los demás se limitaba a una relación profesional, sino que se desarrollaba, a través de la curiosidad de no ser consciente de las posibles consecuencias, y el asiduo intercambio de los sueños propios con los colegas, a través de un trabajo interpretativo descontextualizado y esencialmente desconsiderado de la transferencia. Lo que hoy llamaríamos, con el beneficio de la retrospectiva, “análisis salvaje”.

Durante la travesía oceánica que llevo a Freud, Jung y Ferenczi a América en 1909, la interpretación mutua de los sueños era diaria y también dio lugar a intensas tensiones. Es sabida, la negativa de Freud a contar un sueño, motivado su temerosa reticencia a “perder su autoridad”, que fue un hecho que causó una gran decepción en Jung, quien consideró este comportamiento como un fracaso en reconocerle “paridad”; así como el desmayo de Freud resultante de una conversación con Jung sobre ciertos rituales funerarios, que el mismo Freud interpretó como un deseo de muerte de naturaleza edípica.

Estos comportamientos, que consideraríamos cuestionables hoy, fueron posibles porque los límites del entorno estaban mal definidos o incluso no existían. Es conocido, el episodio en el que Marie Bonaparte mientras estaba en análisis con Freud, había llevado a sus hijos a conocer al Maestro. Durante ese tiempo pasó todas las noches con la familia Freud. En una ocasión, habiendo ella propuesto jugar a las cartas, Freud se negó, diciendo que “eso habría sido demasiado íntimo” (Bertin, pág. 244).

En una carta dirigida a Groddeck el 11 de octubre de 1922, Ferenczi escribe:

*“Escribo esto para alentarle a aceptar mi invitación a venir a Budapest y continuar con el [auto] análisis en el que ya se ha comprometido. Se en qué medida está de acuerdo con el análisis simultáneo de mi persona, es algo que estableceremos” (pág. 29, mi traducción)<sup>26</sup>.*

Igualmente, son muy numerosos y muy conocidos otros episodios, relacionados con violaciones de límites que hoy consideraríamos inviables.

Por esta razón, al abordar la narrativa de los experimentos de análisis mutuo ferenczianos con Elizabeth Severn (R. N.) y con Clara Thompson (Dm.)<sup>27</sup>, es necesario tener en cuenta las diferentes condiciones históricas en las que tuvo lugar un experimento, que a nosotros nos parece inaceptable. A mayor razón, si se considera que o fue Ferenczi el primero en establecer este tipo de interacción con sus propios pacientes.

Jung, por ejemplo, sin duda había practicado el análisis mutuo con el paciente Otto Gross y, quizás también con la psicóloga analista María Moltzer, que fue la primera enfermera de Jung, luego una alumna y, quizás, amante.

La idea del análisis mutuo había estado circulando entre Freud y sus alumnos desde principios de la década de 1990, y se consideraba, incluso más aún, que la relación analista-paciente, y las relaciones entre los colegas.

El tema pronto se convirtió en una fuente de controversia: en una carta del 18 de diciembre de 1912 (Jung a Freud, 338J, pág. 575), Jung discute ásperamente con Freud, acusándolo de tratar a sus discípulos como a sus pacientes. Ferenczi, al enterarse del contenido de la carta<sup>28</sup>, responde muy vigorosamente, recordando que Jung fue el primero en “exigir a la ‘comunidad analítica’ de los discípulos y que estos fueran tratados [por Freud] como pacientes” (362 Fer, 26 de diciembre 1912, vol. I, pág. 462); También agregó que “el análisis mutuo no tiene sentido y que era imposible”. Jung acusó a Freud de no saber cómo cuestionarse a sí mismo, rechazando así el autoanálisis que practicaba; Ferenczi lo defiende (“Él es el único que puede darse el lujo de prescindir del analista”), aunque pronto cambiará de opinión, y no sólo sobre la efectividad del autoanálisis.

El tema de la “comunidad analítica” volverá pronto, como el deseo de un proyecto utópico, compuesto por una comunidad de pares, capaces de comunicarse entre sí a través de una relación de total franqueza, similar a la que se puede lograr con un paciente en el análisis.

En la carta a Freud del 3 de octubre de 1910 (170 Fer, 3 de octubre de 1910, vol. I, pág. 224), Ferenczi expresa su propia aspiración de alcanzar la posibilidad de tener una relación con él (así como con su compañera Gizella Palos) “de total franqueza”, en la cual fuese posible “decir la verdad sin ninguna condescendencia”. En la misma carta, Ferenczi informa haber soñado con Freud desnudo en ausencia de cualquier estado de excitación erótica, un sueño al que atribuye un doble significado: una tendencia homosexual inconsciente y una fuerte aspiración a una sinceridad mutua absoluta.

Evidentemente, la idea de una relación analítica basada en la reciprocidad es el signo de un poderoso deseo de búsqueda de verdad, tanto como para restituir todo el significado de la contribución inconsciente del analista. Y esta aspiración será, como veremos, más fuerte que aquella de mantener la asimetría que es necesaria en todas las relaciones con los padres y en el cuidar.

También con motivo de la fundación, en 1912, del Comité Secreto (Grosskurth, 1991), la idea de Ferenczi fue la de “establecer una especie de hermandad de analistas didácticos dedicados al culto de la sinceridad” (Antonelli, 1997, pág. 70).

La fecha de nacimiento del análisis mutuo propiamente dicho es el 17 de enero de 1932. Ya en una carta a Freud del 4 de junio de 1920 (846 Fer, pág. 28), Ferenczi señala que un paciente particularmente exigente (el futuro psicoanalista Eugénie Sokolnicka) “ha diagnosticado algo muy del agudo en el médico. Con su espíritu de observación agudizado por la misma neurosis, ha conjeturado que mi “pereza” en el trabajo no depende de la fatiga (por otro lado, justificada), sino de algo neurótico que se esconde en mi”.

Vemos aquí, además de la sensibilidad de un analista que siempre siente curiosidad por las comunicaciones no verbales en la relación con el paciente, también una anticipación de lo que será la reflexión sobre el “Niño sabio” (1923): la “neurosis” (más tarde dirá “el trauma”) exagera la perspicacia de los niños hacia los secretos familiares.

Con Elizabeth Severn, todo surge de un impasse semejante: la cantidad de material que la paciente vierte sobre el analista es impresionante y la historia que cuenta es terrible y difícil de soportar. El cansancio de

Ferenczi se convierte en el trasfondo de un punto muerto, del cual el analista saldrá solo confesando que la actitud amable que ha mantenido hasta ese momento era un encubrimiento de su intolerancia y antipatía. Lo que Ferenczi no se esperaba era que la paciente, frente a esa confesión, mostrase una sensación de alivio: “Si hubiera podido inducir a mi padre a hacer tal confesión de la verdad y comprender el peligro de la situación, habría conservado la salud mental”. (DC, 20 de febrero de 1932, pág. 93). La historia es espantosa y se presta a no ser creída: la mujer, una psicóloga que se mudó de los Estados Unidos a Budapest expresamente para someterse a un análisis con Ferenczi, cuenta una historia hecha de traumas muy tempranos y devastadores. Un shock que ocurrió a la edad de un año y medio. La promesa del padre de “algo bueno” y, en lugar de eso, drogas y violación” (Diario, 12 de enero, pág.55). Luego, “a los cinco años, nueva agresión brutal: dilatación artificial de los genitales, insistente sugerencia de mostrar sumisión a los hombres, administración de estimulantes tóxicos” (ibid.).

La historia, como mencione, se presta para no ser creída: y, de hecho, ¿cómo no ser escéptico ante una narración tan impresionante, que se refiere a la edad de un año y medio? Ferenczi no dice en qué condiciones surgió este recuerdo: sabemos que usa una técnica particular inductora de un trance profundo. Pero la duda sobre la veracidad de esta historia puede ser considerada, de hecho. No se trata de lo mismo de Freud, quien en las últimas cartas escritas a Eitingon y Jones en las cercanías de la muerte de Ferenczi, atribuye a esta una *pseudología fantástica*, un síndrome descrito por primera vez en 1891 por el psiquiatra alemán, Anton Delbrück (1862-1944), caracterizado por una tendencia a la mentira compulsiva.

La patología de Ferenczi consistiría en creer lo que dicen los pacientes:

*“Esta mujer [Elizabeth Severn] parece haber producido en él [Ferenczi] una pseudología fantástica, ya que él creía en sus historias de los traumas infantiles más extraños, que luego defendió contra nosotros. Su inteligencia, tan brillante en el pasado, se perdió en estos trastornos”.*

Será interesante, más adelante, reflexionar sobre las condiciones emocionales (de dolor, ira, duelo) del hombre que pronuncia estas palabras. Pero, más allá de esta condición subjetiva, el problema planteado es de gran importancia teórica y técnica, ya que se refiere al uso de la investigación de la realidad en el proceso de diagnóstico.

La *pseudología fantástica* de la que habla Freud parece ser el producto de un contagio: un paciente distorsionaría la realidad, un médico le creería, siendo absorbido por el mismo delirio.

Para evitar este peligro, el médico Freud examina al paciente Ferenczi con la mirada puesta en la investigación de la realidad, que funciona como un tercero; el doctor Ferenczi, por otro lado, se sitúa de manera dual y exclusiva con respecto a la paciente Severn.

También yo, en mi experiencia profesional de veinte años con menores víctimas de abuso sexual, a menudo me he hecho la misma pregunta. Como consultor técnico, a menudo se me ha encargado la tarea de llevar a cabo investigaciones de diagnóstico que tenían el objetivo final de determinar si ciertos hechos criminales realmente habían ocurrido o no. Y siempre he sentido el peso de la paradoja: estando habilitado para investigar hechos psíquicos por medios psicológicos, ¿cuánto es justificado en el acierto de los hechos históricos? Frente a un paciente que afirma haber vivido ciertas experiencias (tal vez narradas en formas extrañas o fantásticas, pero no necesariamente inventadas), ¿debería, por lo tanto, diagnosticar alguna patología mental en función de si dice o no la verdad? ¿Y por qué medios averiguaré la verdad histórica? ¿Tendré que convertirme en un detective, una profesión que no es la mía?

Durante siglos, la psiquiatría se ha basado en la cruda línea divisoria de la fiabilidad de las historias, para establecer si un individuo estaba loco o cuerdo: pero ¿es epistemológicamente correcta una disciplina que debe renunciar a los medios técnicos que le son propios para recurrir a instrumentos de tipo investigativo? ¿O deberíamos confiar en el juicio del sentido común, con todos los riesgos que esto conlleva? ¿Dónde termina el justamente famoso rigor científico de Freud en esta circunstancia?

El investigador canadiense Christopher Fortune, incansable reconstructor de la aventura de Elizabeth

Severn, nos dijo en Buenos Aires que había entrevistado a su hija y había sabido por ella que en los últimos años de su vida, vivía exiliada en Londres, Freud se había encontrado con su madre, conociéndola finalmente. Personalmente, sería muy curioso escuchar las reacciones del profesor a esa entrevista.

La perfecta lucidez del pensamiento de Ferenczi tal como aparece en el Diario y en las cartas del último año atestiguan la inconsistencia de la calumnia maliciosa de Jones sobre su supuesta paranoia. Sobre este tema, Carlo Bonomi ha escrito largas y articuladas reflexiones, a las cuales sería difícil agregarle algo.

En consecuencia, de una mente tan lúcida a pesar de la anemia perniciosa que lo mató, se comprende claramente que “creer” en las historias de Elizabeth Severn fue ante todo una elección madura y consciente, motivada por la decisión de encontrar un camino hacia la verdad científica.

Ferenczi escribe:

*“Parece que los pacientes no pueden creer, o al menos no completamente, en la realidad de un evento si el analista, el único testigo del hecho [que se reproduce en la sesión, en estado de trance], mantiene una actitud fría, anafectiva o puramente intelectual, mientras que los eventos son de tal naturaleza que despiertan sentimientos y reacciones de agitación, angustia, terror, venganza, duelo (...) Puede decidirse<sup>29</sup> tomar realmente en serio el papel de observador benevolente y servicial, es decir, dejarse transportar realmente con el paciente en ese momento dado en su pasado (una práctica que Freud me ha regañado como prohibida), con el resultado de que tanto nosotros como el paciente creemos en esta realidad, es decir, en una realidad que está presente y no, por ahora, en el pasado”.* (Ferenczi [1985] [1932])<sup>30</sup>

Por lo tanto, no se trata de establecer si creer o no lo que dice el paciente: ¡aquí el problema es convencerse a sí mismo, junto con el paciente, de que lo que se narra está sucediendo ahora! Aparte del delirio: es una estrategia terapéutica, aunque difícil, absolutamente motivada y consciente.

Al leer el *Diario Clínico*, de repente nos queda claro el uso que comúnmente hacemos de la prueba de realidad en el proceso de diagnóstico: lo empleamos para defendernos de impresiones que son demasiado duras, descartando a priori a todos aquellos pacientes que nos piden un compromiso que creemos que es superior a nuestra fortaleza. ¿De qué otra manera podría uno entrar en el delirio de un paranoico, si no compartiéndolo? ¿Y no es, quizás, nuestra más firme convicción que aquello que nos cuentan sea el fruto de una fantasía enferma para cavar una brecha insalvable entre nosotros y el paciente?

Si leemos el *Diario*, nos damos cuenta de que todas estas preocupaciones están muy lejos de la mente de Ferenczi, quien nos ofrece una lección del más alto nivel científico, mostrándonos cuánto la realidad psíquica es algo diferente de la realidad histórica, algo que en este contexto se convierte en un detalle insignificante.

Pero la psiquiatría que hemos heredado estaba hecha completamente de este sesgo: el médico no debe creerle al paciente, no debe ser engañado, no se contagiará, tendrá que tener cuidado con las manipulaciones históricas, que luego se reirán de él, que triunfarán sobre él, en secreto.

En cambio, la realidad psíquica buscada obstinadamente por un científico dispuesto a llegar al extremo llevará a conclusiones sorprendentes incluso para aquellos que están acostumbrados a los descubrimientos psicoanalíticos ordinarios.

El análisis de los sujetos gravemente traumatizados, realizado por Ferenczi en condiciones de regresión extrema favorecida y mantenida a través de la técnica neocatártica, permite la aparición de flashbacks y reavivamientos que nos permiten permanecer en contacto con una afectividad que se encuentra en la encrucijada entre la vida y la muerte. El miedo extremo, la ansiedad abrumadora, no deja otra salida una vez que cualquier posibilidad de escape real está cerrada, que la fragmentación del yo, la atomización, la evaporación, el no estar allí, y el mirar las cosas desde lo alto y otro lugar.

El Yo, el principio organizador, centro de toma de decisiones de cada estrategia de supervivencia, deja de existir, pero es reemplazado por un fragmento del yo que puede funcionar como un líder capaz de intentar

una protorganización de los elementos fragmentados que le permite salir, al menos parcialmente del estado de dispersión psicótica. Este principio, que en el análisis con Severn asume el nombre coloquial de “Orfa” (quizás en homenaje a Orfeo, que intenta extraer a Eurídice del reino de los muertos) puede, en condiciones aún más extremas, conducir al suicidio, cuando esto aparece como la única forma de alcanzar un estado de quietud.

Evidentemente, estamos entrando en territorios que nunca fueron explorados antes (e incluso después) del psicoanálisis. Nada que ver con la histeria de 1892. Nada que ver con los delirios de un doctor loco.

### **Después del final.**

El 22 de mayo de 1933, muere Ferenczi. Pero no por esto disminuye su presencia, sino que más bien se vuelve de cierto modo más penetrante. Sobre él, cayó descrédito de todos aquellos que en vida no lo quisieron: Eitingon, Brill, Van Ophujisen. Y, sobre todo, Jones, quien decide enfrentar el problema de la condolencia con una hipocresía que tiene algo de venenosa.

Freud es aparentemente el más furioso de todos hacia Ferenczi, pero Jones no confía en esa furia: sabe muy bien que, debajo, algo se incubaba. La relación entre los dos era demasiado estrecha, demasiado apasionada, para terminar con una simple negación de parte de Freud, como había sucedido en el caso de la muerte de Tausk. Entonces Freud había dicho: “Confieso que no me arrepiento después de todo; durante mucho tiempo pensé que no podría ser de ninguna utilidad para el psicoanálisis “(Freud-Andreas Salomé, 1966)<sup>31</sup>. Pero esta vez eso no es posible. Jones lo sabe, por haber tenido que masticar las amargas semillas de su envidia durante tanto tiempo. Por haber tenido que soportar la desconfianza de Freud, que había sido palpable desde el primer momento, Jones entendió muy bien la soterrada antipatía de Freud, aunque tal vez ignoraba lo que éste le había escrito a Jung en el momento en que se adhirió a la “Causa”:

*“por él tengo sentimientos que casi me gustaría llamar de extrañeza racial. Es un fanático que nutre muy poco, “a mi alrededor quiero hombres bien nutridos”, dice César. Casi me recuerda la magrez de Cassio”. (Freud a Jung, 3.5.1908, 87 F, pág. 157)*

... y Jung, en respuesta:

*“Una persona que es enigmática para mí es Jones. Lo encuentro extrañamente incomprensible. ¿Esconde muchas cosas o demasiadas? En cualquier caso, no es un hombre simple, está presionado y desfachatado por cosas y situaciones dispares. ¿Pero cuál juicio es el que lo representa? ¿Demasiado adulador, por un lado, demasiado oportunista por el otro? “(Jung a Freud, 102 J, 12 de julio de 1908, pág. 175)*

... y de nuevo Freud:

*“Pensé que Ud., sabía más cosas sobre Jones que yo. A mí me ha parecido un fanático que sonrío ante mis dudas, y que muestra una indulgencia afectuosa por él y sus oscilaciones. No sé hasta qué punto su comportamiento encaja con esta idea: “Diría que engaña a los otros, no a nosotros”. (Freud a Jung, 18 de julio de 1908, 103 F, pág. 178)*

Para Jones, entonces, la defección de Jung había sido una bendición: alejado el “príncipe heredero”, el hombre que habría proporcionado un salvoconducto a Freud fuera del vergonzoso y peligroso gueto de una “ciencia judaica”, y además respaldado por una autoridad académica del Burghölzli, el instituto psiquiátrico de la Universidad de Zúrich, no quedaba nadie más que él, el único no judío, como posible *passerpartout* capaz de exportar la nueva ciencia al mundo anglosajón. El título de “príncipe heredero”, ahora, le pertenecería a él, si entre él y el rey no estuviese permanentemente ese pequeño judío húngaro, antipático y siempre lleno de ideas. Jones no podía soportar la idea de que hubiera tanto sentimiento entre los dos: y por añadidura,

Freud lo había rechazado para un análisis didáctico y lo había enviado precisamente a Ferenczi. Y, además, a Freud le hubiera gustado que Ferenczi se hubiese casado con su hija Mathilde, mientras que, para él, con Jones, ¡el viejo había prohibido, prohibido! acercarse a Anna.

Pero ahora, finalmente, Ferenczi estaba muerto. Freud estaba furioso con él, pero no se podía confiar de ello. Había que tomar el luto de Freud con pinzas:

*“Estimado profesor,*

*Debemos condolernos por las tristes noticias recientes. Lamentablemente, no se puede decir que el evento sea un duro golpe para el movimiento, pero estoy seguro de que la conmoción habrá despertado en Ud., -tal como me sucedió a mí-, el recuerdo de los muchos días felices del pasado y la idea de una figura inspiradora, que todos nosotros habíamos también amado.*

*Estoy más feliz que nunca de haber logrado mantenerlo en nuestro grupo en el último Congreso. Su trabajo está tan extendido en todo el mundo que nada puede impedir su progreso continuo, y en Inglaterra tenemos un Instituto y un grupo de colegas que parecen tener los fundamentos más sólidos posibles en este mundo impredecible. Con mis condolencias más cariñosas, su siempre más devoto,*

*Ernest Jones”<sup>32</sup>*

En realidad, Freud estaba profundamente herido, tanto como de luto. Mortalmente ofendido, como si aquel último escrito de Ferenczi, donde retornaba al trauma de la seducción de los niños por parte de adultos fuera una bofetada insoportable, una prueba del hecho de que, al llegar a una encrucijada, él, Freud, había tomado el camino equivocado.

Y luego, bajo el rastro, está la vergüenza. Porque si no pudiera ser cierto que todos los casos de neurosis son atribuibles a una sola causa (seducción sexual), era demasiado obvio que esta última, cuando existiese (y nadie que no esté loco puede negar que existe), en alguna parte ella debería haber estado puesta. En cambio, los discípulos celosos se habrían comportado durante décadas como si ante cualquier revelación de abuso fuera obligatorio volverse sordo y tonto, en nombre de la fantasía inconsciente. Además de Abraham (1907)<sup>33</sup>, por supuesto, que habría querido exagerar, proclamaba solemnemente que cualquier abuso no inventado era producto de la seducción de un adulto por parte del niño<sup>34</sup>. Una auténtica “obra maestra”, aplaudida, además, por el propio Freud<sup>35</sup>.

Ahora, frente a ese insoportable revés, la solución más simple para obtener la ortodoxia que Ferenczi había revocado con tanta naturalidad y simplicidad, era solo la vieja y sucia herramienta habitual de propaganda de cada régimen: cada disidente es un tonto. Y la Berija adecuada para esta operación política solo podría ser Jones.

Pero Freud no era Stalin, y la conexión con Ferenczi no podía descartarse de esta manera, con un simple golpe de pluma. Y Jones lo sabía demasiado bien.

Los intercambios epistolares que siguen inmediatamente al dramático congreso de Wiesbaden, y aún más aquellos después de la muerte de Ferenczi son una muestra de hipocresía: Jones se presenta a Freud como alguien que, sabiendo de siempre la presunta deriva patológica de Ferenczi (ni siquiera avergonzándose de admitir que recibió “informes regulares”<sup>36</sup> de Rickman sobre el análisis que estaba haciendo con Ferenczi) le había “evitado que cayera en el precipicio desde la época de Rank”, poco después de su muerte muestra un dolor contenido que apenas se deja ver detrás de un compungido y silencioso respeto. Él aparece como quien ha hecho todo lo posible para contener el colapso del amigo inolvidable, del valiente paladín, cuya mente había sido dispersada por una enfermedad orgánica que no le había dado ninguna oportunidad. Fue él, de hecho, quien calmó las mentes exasperadas de los Eitingons y los Van Ophujisen, quienes rechazaron desdeñosamente la publicación de la “Confusión de lenguas”. Él había bregado para que se leyera en el Congreso, no obstante estar convencido a la par de todos, de que lo que contenía no era más que el delirio de un paranoico que incluso tenía ideas asesinas. Insistió en contra de la opinión de todos de que el artículo fuera publicado para no exasperar a los espíritus, para asegurarse de que Ferenczi no se sintiera demasiado herido y para mantenerlo atado a la Causa.

Por otro lado, Freud, que había esperado hasta el final que Ferenczi aceptara la presidencia de la IPA, responde a Jones que “no había la menor duda de que solo Ud., podría haber sido llamado para guiarla”<sup>37</sup>.

Pero la desconfianza de Jones está más que justificada: al momento de escribir la necrología de Ferenczi, Freud encuentra palabras que no pueden atribuirse a la categoría de hipocresía obituarial: “Hace diez años [precisamente el período que Jones llama “la era de Rank” en el que los signos de la degeneración patológica de Ferenczi ya habían sido evidentes] (...) ya habían sido publicadas casi todas las obras gracias a las cuales cada analista puede llamarse a sí mismo su alumno”<sup>38</sup>. Palabras demasiado elaboradas, debido a la sensibilidad envidiosa de Jones, a pesar de que Freud se había preocupado, durante ese período de duelo en el cual el rencor aún no había dejado espacio para el dolor más completo, de encerrar las posteriores producciones de Ferenczi para excluirlo de aquel juicio tan halagador.

Pero, ¿no habían sido los mismos estudiantes de Ferenczi aquellos cuyo destino parecían estar en mayor riesgo? ¿Aquellos que habrían podido haber tomado literalmente las enseñanzas relacionadas con la llamada “técnica del beso”? ¿Y ahora, incluso “cada analista” tendría que ser su alumno? No, no se podía aceptar. Jones tenía razón al no confiar en Freud. Y su venganza no tardaría en manifestarse como Anna constataría más tarde, cuando en una carta del 16 de marzo de 1944, en medio de las “Discusiones controvertidas” que se oponen a ella en una feroz lucha con Melanie Klein, le escribe a Marie Bonaparte: “Ella es necesaria aquí (la princesa todavía vive en Sudáfrica). Se debe recrear un comité de cinco o seis “puros”; pero Ferenczi y Eitingon están muertos y Jones se ha aliado con Melanie Klein” (Bertin, C., 1982, pág. 309). Once años después, María Torok (1984) comentará más tarde, en memoria de Anna, Ferenczi está de vuelta “puro”.

Pero esto no será suficiente para sacar al colectivo reprimido, para reconocer el trauma sufrido por el colectivo de psicoanalistas, porque es en Freud donde queremos guardar una cortina de silencio.

Pero, ¿cuál es el verdadero sentimiento de Freud sobre Ferenczi, desde 1932 en adelante? Ciertamente, no se lo confió a Jones en las horas inmediatamente posteriores a su muerte, y ya desmentido en el obituario, unos días después. Desaparecido de la memoria de los analistas, renegado como ex presidente de la API, Ferenczi regresa en las obras de Freud: regresa implícitamente en las reflexiones sobre el trauma que caracterizan los tres ensayos de *El Hombre Moisés y la religión Monoteísta* (1934-38), y más explícitamente en *Análisis Terminable e interminable*, que, al menos parcialmente, representa una respuesta al amigo fallecido que ahora llama “un maestro del análisis”, reconociendo que él, precisamente “durante los últimos años de su vida”, ha hecho importantes intentos de recuperar las herramientas terapéuticas (“desafortunadamente vano”) que había sido abandonado por Freud.

Entonces, ¿Cuál es el Freud “real”? ¿Aquel que, como un niño herido, se oculta tras las luces de la madre-serpiente Jones, fingiendo que él es el verdadero apoyo para el Movimiento, o el amigo que lamenta a su amigo? Para entender esto, necesitamos volver a esa frase oximorónica, llena de significado: “Paladín y Gran Visir Secreto”, que sólo niega la reconstrucción que Freud hace de la amistad con Ferenczi precisamente en *Análisis Terminable e Interminable*, donde escribe, hablando sobre análisis de Ferenczi: habiendo obtenido la “aclaración crítica de su persona con un resultado que lo satisface plenamente”, “pasan muchos años, durante los cuales la relación con su antiguo analista no se ve perturbada” (pág. 513).

Este es precisamente el problema aquí: si Freud se hubiera permitido leer más profundamente los descubrimientos de Ferenczi, si hubiera podido entender la inspiración bipersonalista íntima, habría dejado de pensar en la transferencia como un evento metafísico, por así decirlo, independientemente de la relación. Y él habría entendido, reconsiderando el análisis del paciente-discípulo-amigo más querido y odiado, que no puede haber análisis sin un nuevo análisis contextual del terapeuta.



## BIBLIOGRAFIA

- Antonelli G. (1997), *Il Mare di Ferenczi*. Roma: Di Renzo Editore
- Balint M., *Appunti per una prefazione*, in: Ferenczi [1985] [1932].
- Bertin C. (1982) *L'ultima Bonaparte*. Torino: Centro Scientifico, 1984.
- Bonomi C., "Il giudizio di Jones sul deterioramento mentale di Ferenczi: un riesame". In: Franco Borgogno (a cura di), *La partecipazione affettiva dell'analista. Il contributo di Sándor Ferenczi alla psicoanalisi contemporanea*. Milano: Franco Angeli, 1999, ppág. 377-386.
- Borgogno F. (1999a) «Spoilt children». *L'intrusione e l'estrazione parentale come fattore di distruttività*. In: *Psicoanalisi come Percorso*, Bollati Boringhieri, Torino: 1999, ppág. 90-15.
- \_\_\_\_\_ (1999b), *Sul «Diario Clinico»: paura di soffrire e terrorismo della sofferenza*. In: *Psicoanalisi come Percorso*, Bollati Boringhieri, Torino: 1999, ppág. 203-215.
- Erikson Erik (1963), *Infanzia e Società*. Roma: Armando, 2008.
- Ferenczi S. (1919), *Difficoltà tecniche nell'analisi di un caso d'isteria (con osservazioni sull'onanismo "larvato" e sugli "equivalenti dell'onanismo")*. In: Ferenczi S., *Opere*, edizione italiana a cura di Glauco Carloni, vol. III (1919-1926). Milano: Raffaello Cortina, 1992, ppág. 1-7.
- \_\_\_\_\_ (1923), *Il sogno del "poppante saggio"*. In: Ferenczi S., *Opere*, edizione italiana a cura di Glauco Carloni, vol. III (1919-1926). Milano: Raffaello Cortina, 1992, pág. 184.
- \_\_\_\_\_ (1926), *Controindicazioni della tecnica psicoanalitica attiva*. In: Ferenczi S., *Opere*, edizione italiana a cura di Glauco Carloni, vol. III (1919-1926). Milano: Raffaello Cortina, 1992, ppág. 340-350.
- \_\_\_\_\_ (1929), *Il bambino mal accolto e la sua pulsione di morte*. In: Ferenczi S., *Opere*, edizione italiana a cura di Glauco Carloni, vol. IV (1927-1933). Milano: Raffaello Cortina, 2002, ppág. 45-49.
- \_\_\_\_\_ (1930), *Principio di rilassamento e neocatarsi*, In: Ferenczi S., *Opere*, edizione italiana a cura di Glauco Carloni, vol. IV (1927-1933). Milano: Raffaello Cortina, 2002, ppág. 50-64.
- \_\_\_\_\_ [1985] [1932], *Diario Clinico*. Milano: Raffaello Cortina, 1988.
- \_\_\_\_\_ (1932), *La confusione delle lingue fra adulti e bambini. Il linguaggio della tenerezza e il linguaggio della passione*, In: Ferenczi S., *Opere*, edizione italiana a cura di Glauco Carloni, vol. IV (1927-1933). Milano: Raffaello Cortina, 2002, ppág. 91-100.
- \_\_\_\_\_ (1934) *articolo pubblicato postumo sull'Internationale Zeitschrift fur Psychoanalyse, XX, 10* assieme agli altri scritti oggi noti come *Note e Frammenti*. Tradotto in italiano come: *Riflessioni sul trauma: 1. Psicologia della Commozione psichica*, in: *Note e Frammenti*, 19-9. 1932, Ferenczi S., *Opere*, edizione italiana a cura di Glauco Carloni, vol. IV (1927-1933). Milano: Raffaello Cortina, 2002, ppág. 101-103.
- Ferenczi S., Groddeck G. (2002), *Correspondence*. London: Open Gate Press, 2002
- Freud S. (1896), *Etiologia dell'Isteria*, in: *O.S.F.*, vol. II, Torino: Paolo Boringhieri 1968, ppág. 333-360.
- \_\_\_\_\_ (1904), *Psicoterapia*, OSF IV. Torino: Boringhieri, 1970, ppág. 425-439.
- \_\_\_\_\_ (1918), *Vie della Terapia Psicoanalitica*, OSF IX, Boringhieri, Torino: 1977, ppág. 15-28.
- \_\_\_\_\_ (1937), *Analisi Terminabile e Interminabile*, in: *OSF*, vol. XI. Torino: Boringhieri, 1979, ppág. 495-535.
- \_\_\_\_\_ Andreas Salomé L. (1966), *Eros e Conoscenza. Lettere 1912-1936*. A cura di Ernst Pfeiffer. Torino: Bollati Boringhieri 1983.
- \_\_\_\_\_ Eitingon M. (2004), *Briefwechsel 1906-1939*. Berlin: Michael Schörter, 2004 (trad. fr.: *Correspondance 1906-1939*. Paris: Hachette Littératures, 2009).
- Freud S., Ferenczi S. (1998), *Lettere, Volume Secondo 1914-1919*. A cura di Eva Brabant, Ernst Falzeder e Patrizia Giampieri-Deutsch. Direzione scientifica di André Haynal. Edizione italiana a cura di Antonio Alberto Semi. Milano: Raffaello Cortina, 1998.
- \_\_\_\_\_ (2000) *Correspondance, Les Années Douloureuses, Tome III, 1920-1933*. Paris: Calmann-Lévy.
- Freud S., Jung C. G., (1974) *Lettere tra Freud e Jung*, Torino: Boringhieri, 1974
- Freud S. (1985), *Lettere a Wilhelm Fliess 1887-1904*. Edizione integrale a cura di J. M. Masson. Torino: Boringhieri 1986
- Freud S., Jones E. (1993), *Corrispondenza 1908-1939*, a cura di R. A. Paskaukas, Introduzione di R. Steiner,

- Presentazione all'edizione italiana di F. Borgogno, Bollati Boringhieri, Torino: 2001.
- Grosskurth PÁG. (1991), *The secret ring. Freud's Inner Circle and the Politics of Psychoanalysis*. Jonathan Cape, London: 1991.
- Haynal A. (1987), *Freud, Ferenczi, Balint, e la questione della tecnica. Controversie in psicoanalisi*. Centro Scientifico Editore, Torino: 1990.
- \_\_\_\_\_(2002), *Uno psicoanalista fuori dall'ordinario. La scomparsa e la rinascita di Sándor Ferenczi*. Introduzione di Franco Borgogno. Torino: Centro Scientifico Editore, 2007.
- Masson J. M. (1984), *Assalto alla Verità. La rinuncia di Freud alla teoria della seduzione*. Milano: Mondadori, 1984.
- Shengold L. (1979) *Child abuse and deprivation: soul murder*. *J. Am. Psychoan. Ass.* 27:533-599
- Torok M. (1984), "La correspondance Freud-Ferenczi", *Confrontations*, 12, Automne 1984, Paris: Aubier Montagne.
- Tubert-Oklander J. (2004), *Il "Diario Clinico" del 1932 e la sua influenza sulla prassi psicoanalitica*. In: Borgogno F., *Ferenczi Oggi*. Torino: Bollati Boringhieri, 2004, ppág. 47-63.

**Versión electrónica del original:**

[https://www.academia.edu/4078087/Ad\\_Absurdum\\_Note\\_a\\_margine\\_del\\_Diario\\_Clinico\\_di\\_S%C3%A1ndor\\_Ferenczi](https://www.academia.edu/4078087/Ad_Absurdum_Note_a_margine_del_Diario_Clinico_di_S%C3%A1ndor_Ferenczi).

*Volver a Artículos sobre Ferenczi*  
*Volver a Newsletter 12-ALSF*

## Notas al final

- 1.- Gianni Guasto Psiquiatra. Este artículo es una reelaboración del informe introductorio que el autor presentó en el IV Día Nacional de Estudio de la Asociación Cultural Sándor Ferenczi (Génova, Teatro del Instituto “Vittorino-Bernini”, 2 de abril de 2011).
- 2.- Balint M., Notas para un prefacio, en: Ferenczi [1985] [1932], cit., Pág. 18
- 3.- Freud e Ferenczi: “Un trozo de vidas”. En: Haynal (2002), pág. 122-137.
- 4.- Carta a Wilhelm Fliess de 21 de septiembre de 1897, en: Freud (1985), pp. 297-301
- 5.- “No creo más en mi neurótica”. *ibid.*, p. 201”. *ibid.*, pág. 201.
- 6.- Freud – Ferenczi 2000, 25 diciembre 1929, 1165 Fer, pág. 420
- 7.- Dado que la traducción italiana de la correspondencia entre Freud y Ferenczi (publicada por Raffaello Cortina hasta 1998) se detiene en 1919, no habiendo sido aun terminada, para la correspondencia entre 1920 y 1933 utilicé la traducción original del alemán al francés (Freud S., Ferenczi S., 2000) realizado por el equipo editorial de la revista psicoanalítica “Le Coq-Héron” (París), editado por Éva Brabant y Ernst Falzeder, bajo la dirección de André Haynal. La traducción del francés al italiano de los pasajes citados es mía [NdA].
- 8.- Freud – Ferenczi 2000, 11 enero 1930, 1169 F, pág. 428
- 9.- Freud – Ferenczi 2000, 17 enero 1930, 1171 Fer, pág. 43
- 10.- Freud – Ferenczi 2000, 15 septiembre 1931, Fer 1201, pág. 472
- 11.- Freud – Ferenczi 2000, 13 diciembre 1931, 1207 F, pág. 477-478
- 12.- La paciente, luego psicoanalista, Clara Thompson (cfr. Ferenczi [1985] [1932], pág. 49, nota 6).
- 13.- Ferenczi S. [1985] [1932], 7 enero 1932, pág. 49-50.
- 14.- Freud – Ferenczi 2000, 13 diciembre 1931, 1207 F, pág. 479-480.
- 15.- *ibid.*, pag. 479.
- 16.- Para una mayor profundización sobre el tema, ver Ferenczi (1930)
- 17.- Freud S., Ferenczi S. (1998), 13 febrero 1919, 790 F, vol. II, pág. 359.
- 18.- El telegrama está fechado el 2 de septiembre, y dado que la reunión con Ferenczi tuvo lugar a las 4 pm y presumiblemente duró alrededor de una hora abundante, uno se pregunta si Freud se apresuró, inmediatamente después de dejar a Ferenczi y Brill, a la oficina de correos, a tiempo, a la hora de cierre. Masson (1984) supone que la reunión, en lugar del 2, tuvo lugar el 30 de agosto: en este caso, la carta que Freud envió a Eitingon el 29, demostraba según él el recelo de Freud acerca de las ideas de Ferenczi. Peter Gay objeta que Freud conocía las ideas de Ferenczi incluso antes de leer el informe de Wiesbaden, algo que, en la casi unánime opinión de hoy, representa una puesta a punto muy clara y sistemática de las ideas de Ferenczi sobre el trauma, así como una piedra angular en la historia del pensamiento psicoanalítico. Pero la fecha de la reunión no es prueba de la actitud de Freud hacia los desarrollos posteriores del pensamiento y la práctica clínica de Ferenczi. De hecho, Gay tiene razón: Freud ya conocía las ideas de Ferenczi al respecto, pero leer la correspondencia muestra claramente lo poco disponible que estaba para evaluarlas con sereno rigor científico.
- 19.- Carta escrita a Freud desde Luchon, Alto Garona, Francia, 27 de septiembre de 1932. [Correspondencia, tomo III, 227 Fer, pág. 504].
- 20.- Ferenczi alude aquí al hecho de que, en el momento de la controversia sobre el análisis profano, estaban los dos aliados contra Brill (y contra Jones). De hecho, en esta circunstancia, Freud mostrará más de una vez que se sentía desplazado, expresando de Ferenczi ora en un sentido (definiéndolo como sufriendo de pseudología fantástica), ora en el otro sentido (llamándolo, en el obituario, maestro de todos los analistas por venir) y buscando apoyo para sus sentimientos hostiles, y aliándose con personas poco sinceras e interesadas como Jones.
- 21.- reportado en Freud-Eitingon Correspondencia 1906-1939, p. 767, n. 1
- 22.- 29 de agosto de 1932, 730 F, páginas 763-764 de la traducción al francés. La traducción del francés al italiano es mía [NdA].
- 23.- Reflexiones sobre el trauma: 1. Psicología de la emoción psíquica, Notas y fragmentos, 19-9.1932, en: Obras, vol. IV, p. 101.
- 24.- También podríamos agregar estupor y catatonia a esta serie.
- 25.- Reflexiones sobre el trauma, cit., Pág. 101
- 26.- Correspondencia Ferenczi-Groddeck 1921-1923, editada y anotada por C. Fortune. Open Gate London: 2002
- 27.- Del (o de la) paciente B., tercer caso sujeto a análisis mutuo, se desconoce la identidad.
- 28.- Freud transmitió la carta muy impresionado por el tono de Jung, “después de haber superado la vergüenza que me causó” (pág. 459 359 F Vol. I), a Ferenczi, a Rank y a Sachs.
- 29.- negrita añadido.
- 30.- Ferenczi [1985] [1932], 31 gennaio, pag. 75-76
- 31.- Carta de Freud a Lou Andreas Salomé, 1 de agosto de 1919, p. 96.
- 32.- Jones a Freud, 611, 25 de mayo de 1933, vol. 2, p. 830.
- 33.- en: Abraham K. (1907), El trauma sexual como una forma de actividad sexual infantil, Obra, I, p.
- 34.- “Con el presente trabajo, aportaré evidencia de qué en un gran número de casos, el trauma es buscado por el inconsciente del niño” (página 370). Esta “prueba” es absolutamente ridícula para cualquier persona con un mínimo de experiencia clínica y experta en materia de abuso infantil, porque se refiere a “los actos de los procesos de comportamiento inmoral hacia los niños”. De hecho, no existe un entorno que sea menos adecuado para la aparición de revelaciones que una sala de audiencias, especialmente donde no se utilizan herramientas de auditoría asistida (acceso a la exposición del niño a través de espejos unidireccionales,

cámaras y, sobre todo, con una prohibición de defensa del acusado para requerir directamente al niño, pudiendo acceder solo a través de un tercero). Obviamente, a principios del siglo XX, nadie pensó en implementar medidas similares, que aún hoy dan lugar a resultados inconsistentes, en cuanto a la protección de los niños y para determinar la verdad.

35.- en el ensayo *Para la historia del movimiento psicoanalítico* (1914) Freud escribe: “La última palabra sobre la cuestión de la etiología traumática fue más tarde dicha por Abraham, quien señaló que la constitución sexual peculiar del niño tiene la virtud de causar experiencias sexuales. de un tipo particular, que son los traumas”.

36.- Jones a Freud, 595, 9 de septiembre de 1932, en: Correspondencia, Boringhieri, vol. 2 pág. 815

37.- Freud a Jones, 596, 12 septiembre 1932, vol. 2 pág. 817

38.- Freud (1933), Necrología de Ferenczi, in: OSF, vol. XI, Boringhieri, Torino: 1979, pag. 320.